

EL CABALLERIZO.—Hasta el fin del mundo.

TECLA.—Mira que luégo no podrás volver al servicio del duque.

EL CABALLERIZO.—Seguiré con vos.

TECLA.—Yo te recompensaré, y te recomendaré á otro amo. ¿Puedes sacarnos de la fortaleza secretamente?

EL CABALLERIZO.—Sí, señorita.

TECLA.—¿Cuándo podré salir?

EL CABALLERIZO.—Inmediatamente. ¿A dónde vamos?

TECLA.—Á... díselo, tú...

LA NEUBRUNN.—Á Neustadt.

EL CABALLERIZO.—Está bien; voy á disponerlo todo.  
(Vase).

LA NEUBRUNN.—¡Ah!... ¡vuestra madre!

TECLA.—¡Dios mío!

#### ESCENA XIV

Dichos.—LA DUQUESA

LA DUQUESA.—¿Ha salido ya? Te encuentro más tranquila.

TECLA.—Sí, madre mía; permitidme que me retire ahora; la Neubrunn me acompañará; necesito descansar.

LA DUQUESA.—Ya lo creo. Salgo más consolada, porque podré tranquilizar á tu padre.

TECLA.—¡Adiós, pues, madre mía! (Se arroja en sus brazos y la abraza con viva emoción).

LA DUQUESA.—No estás aún tranquila del todo, hija mía... Si estás temblando, y te late el corazón con violencia!...

TECLA.—El sueño me calmará. Buenas noches, adiós, madre mía. (En el punto en que se desprende de los brazos de su madre, cae el telón).



#### ACTO V

#### ESCENA I

La habitación de Buttler

BUTTLER.—GERALDIN

BUTTLER



LEGID doce dragones decididos y armadlos de picas, porque no hay que disparar ni un solo tiro; con ellos os apostaréis junto al comedor, y apenas se hayan levantado los manteles, entrad gritando: «¿Quién es aquí fiel al Emperador?» Yo volcaré la mesa, y entonces vos os echáis sobre ellos y asestáis el golpe. El castillo estará cerrado y guardado de manera que el príncipe no perciba el menor ruido. ¿Llamasteis al capitán Deveroux y Macdonald?

GERALDIN.—Estarán aquí al instante. (Se va).

BUTTLER.—Conviene darse prisa, porque los paisanos se declaran también por él, movidos de no sé qué espíritu vertiginoso que se apoderó de la ciudad. Para ellos el duque es un pacificador, el fundador de una

nueva edad de oro... Hasta los magistrados han distribuido armas, y más de cien vecinos se ofrecieron a montar la guardia de su persona... Hay que obrar prontamente... Dentro y fuera nos amenazan los enemigos.

## ESCENA II

BUTTLER.—DEVEROUX.—MACDONALD

MACDONALD.—Á la orden, mi general.  
 DEVEROUX.—¿Cuál es el santo y seña?  
 BUTTLER.—¡Viva el Emperador!  
 AMBOS (*retrocediendo*).—¡Cómo!  
 BUTTLER.—¡Viva la casa de Austria!  
 DEVEROUX.—Pero ¿no hemos jurado fidelidad á Friedland?  
 MACDONALD.—¿No hemos venido aquí para protegerle?  
 BUTTLER.—¿Nosotros?... ¡Proteger á un enemigo y traidor al imperio!  
 DEVEROUX.—Vos mismo nos enganchasteis á su servicio.  
 MACDONALD.—Y le seguisteis hasta Egra.  
 BUTTLER.—Obré así para perderle con más seguridad.  
 DEVEROUX.—¿De veras?  
 MACDONALD.—Esto es otra cosa.  
 BUTTLER (*á Deveroux*).—¡Miserable! ¿Podías renunciar tan fácilmente á tu fidelidad y á tus banderas?  
 DEVEROUX.—¡Qué diablo, general! no hacía sino seguir vuestro ejemplo, y decía para mí: «Si este es un canalla, bien puedo serlo yo».  
 MACDONALD.—Nosotros no tenemos por que reflexionar cuando habéis resuelto: eso es cosa vuestra. Sois

el general, mandais, y os seguimos aunque sea al infierno.

BUTTLER (*con más suavidad*).—Está bien; ya nos conocemos.

MACDONALD.—Digo... me parece...

DEVEROUX.—Nosotros, general, somos soldados de fortuna, y pertenecemos al que más paga.

MACDONALD.—Verdad.

BUTTLER.—Pues ahora debéis portaros como honrados.

DEVEROUX.—Nos place.

BUTTLER.—Y alcanzar así vuestra fortuna.

MACDONALD.—Eso es mejor.

BUTTLER.—Oídme.

AMBOS.—Hablad.

BUTTLER.—Quiere y manda el Emperador que nos apoderemos de Friedland, muerto ó vivo.

DEVEROUX.—Así lo dice la orden escrita.

MACDONALD.—Así dice: muerto ó vivo.

BUTTLER.—Y promete recompensar largamente con tierras y dinero a quien ejecute su voluntad.

DEVEROUX.—¡Soberbia palabra, como todas las que salen de aquella boca!... Ya sabemos á qué atenernos: algunas cadenas de oro, algún caballo matalón, un pergamino ó algo así... El príncipe paga mejor.

MACDONALD.—Realmente, es más espléndido.

BUTTLER.—Pero todo ha concluido para él; se eclipsó su estrella.

MACDONALD.—¿Cierto?

BUTTLER.—Os lo aseguro.

DEVEROUX.—¿Pero cómo puede ser que le haya abandonado la suerte?

BUTTLER.—Pues, siendo: es ahora tan pobre como nosotros.

MACDONALD.—¿Pobre como nosotros?

DEVEROUX.—Entonces, Macdonald, habrá que dejarle.

BUTTLER.—Veinte mil hombres hicieron ya lo propio... Pero hay que hacer más todavía, paisano; en una palabra: hay que matarle.

AMBOS (*estremecidos*).—¿Matarle?

BUTTLER.—Matarle, os digo; para lo cual os elegí á vosotros.

AMBOS.—¿Á nosotros?

BUTTLER.—Á vosotros, capitán Deveroux y Macdonald.

DEVEROUX (*tras breve pausa*).—Buscad á otro.

MACDONALD.—Si; buscad á otro.

BUTTLER (*á Deveroux*).—¡Eso te espanta! ¡vil y cobarde! ¡cuando tienes ya más de veinte muertes sobre tu conciencia!

DEVEROUX.—¡Poner la mano encima de mi general! Pensad en esto.

MACDONALD.—¡Cuando le hemos prestado juramento!

BUTTLER.—El juramento es nulo, puesto que él faltó á su fidelidad.

DEVEROUX.—Sea; aun así la cosa me parece demasiado dura.

MACDONALD.—Esta es la verdad; también tengo yo mi conciencia.

DEVEROUX.—Si no fuera el jefe que nos mandó tantas veces, y nos imponía tal respeto...

BUTTLER.—¿En esto consiste toda la dificultad?

DEVEROUX.—Es inútil, vaya... En las entrañas de mi propio hijo hundiría yo el puñal, si así lo exigiese el Emperador, pero... ya veis... soldados somos... y francamente... asesinar al general es un crimen tan atroz que no hay fraile que lo absuelva.

BUTTLER.—Yo soy tu papa y te absuelvo. Decidíos pronto.

DEVEROUX (*tras breve reflexión*).—No puede ser.

MACDONALD.—No, no puede ser.

BUTTLER.—Está bien. Idos. Llamad á Pestalutz.

DEVEROUX (*sorprendido*).—¿Á Pestalutz?... ¡Ah!

MACDONALD.—¿Qué le queréis?

BUTTLER.—Puesto que vosotros rehusáis, otros encontraré.

DEVEROUX.—No, no; si es fuerza que perezca, bien podemos nosotros ganar la recompensa prometida. ¿Qué te parece, Macdonald?

MACDONALD.—Desde luego; si con todo eso ha de pe-recer, no quiero renunciar á mi parte por ese Pestalutz.

DEVEROUX (*tras breve reflexión*).—¿Cuándo ha de morir?

BUTTLER.—Esta misma noche, porque mañana estarán ya los suecos á las puertas de la ciudad.

DEVEROUX.—¿Nos respondéis de las consecuencias, general?

BUTTLER.—Respondo de todo.

DEVEROUX.—¿Pero es realmente esta la voluntad del Emperador? ¿su franca y expresa voluntad? A veces se quiere el asesinato y se castiga al asesino.

BUTTLER.—La orden dice: «vivo ó muerto». Vivo ya veis que no podemos entregarlo.

DEVEROUX.—Pues bien, lo entregaremos muerto. Pero ¿cómo llegar hasta él? La ciudad está llena de soldados de Terzky.

MACDONALD.—Y luego quedan todavía Illo y Terzky.

BUTTLER.—Se empezará por ellos; eso se comprende.

DEVEROUX.—¡Qué! ¿También ellos morirán?

BUTTLER.—Estos los primeros.

MACDONALD.—¡Pues será una noche de sangre, Deveroux!

DEVEROUX.—¿Tenéis ya hombre para eso? Dejadlo de mi cuenta.

BUTTLER.—Geraldin se encarga de ello. Esta noche se celebrará un banquete en el castillo, y en la mesa

serán sorprendidos y degollados. Pestalutz y Lesley son de la partida.

DEVEROUX.—Oíd, general; puesto que para vos es indiferente, dejadme trocar mi papel por el de Geraldin.

BUTTLER.—Con el duque corréis menos peligro.

DEVEROUX.—¿Y qué me importa á mí el peligro? ¿Qué habéis creído de mí? Su mirada y no su espada temo yo.

BUTTLER.—¿Y qué mal puede hacerte su mirada?

DEVEROUX.—¡¡ Con cien mil diablos!! Ya sabéis que no soy cobarde... Pero... sólo hace ocho días que el duque me entregó veinte piezas de oro para que me comprara este uniforme de invierno que llevo, y cuando me vea avanzar con mi pica, si fija los ojos en el traje... francamente... y repito que no soy cobarde.

BUTTLER.—¿Porque te dió ese uniforme de invierno vacilas, miserable? Mejor fué el que le dió el Emperador, que era un manto de príncipe, y ya ves cómo se lo agradece. Con la traición y la rebeldía.

DEVEROUX.—Verdad es. ¡Vaya al diablo la gratitud! Le mataré.

BUTTLER.—Y si quieres tranquilizar tu conciencia, no tienes más sino mudarte la ropa, y entonces obras con más libertad y valor.

MACDONALD.—Eso es, pero hemos de pensar en otra cosa.

BUTTLER.—¿Qué, Macdonald?

MACDONALD.—¿De qué nos servirán las armas contra él, si le protege un hechizo y es invulnerable?

BUTTLER (*colérico*).—¡Cómo!... ¿Qué hará...

MACDONALD.—Ni el acero, ni las balas pueden nada contra él. Está hechizado y protegido por arte diabólico. Repito que es invulnerable.

DEVEROUX.—Sí, creedlo; en Igolstadt había otro hombre como él; su piel era dura como el acero, tanto que hubo que matarle á culatazos.

MACDONALD.—Oíd lo que voy á hacer.

DEVEROUX.—Habla.

MACDONALD.—Conozco aquí un fraile dominico paisano nuestro, y le pediré que moje mi espada y la pica en agua bendita, pronunciando algún exorcismo que venza el encanto. Es probado.

BUTTLER.—Está bien; ahora salid. Elegid en vuestro regimiento veinte ó treinta hombres seguros y decididos, y hacedles prestar juramento al Emperador. Cuando hayan dado las once y se retiren las primeras patrullas, traedlos con todo sigilo aquí, donde os aguardaré no muy lejos.

DEVEROUX.—¿Y cómo franquearemos entre arqueros y guardias el patio interior?

BUTTLER.—Ya he examinado el lugar; entraréis conmigo por una puerta trasera sólo guardada por un hombre, y por la cual entro y salgo en casa del duque, gracias á mi cargo, cuando bien me parece. Yo iré delante, y con una puñalada al centinela os abriré camino.

DEVEROUX.—Y cuando estemos arriba, ¿cómo llegaremos al dormitorio del príncipe sin que los criados despierten y pidan socorro? Porque su servicio es numeroso.

BUTTLER.—Los criados se alojan en el ala derecha. Como tiene horror al ruido, habita solo el ala izquierda.

DEVEROUX.—Ya quisiera haber salido del paso, Macdonald... ¡Demonio!... Siento un no sé qué...

MACDONALD.—También yo... La verdad... es un gran personaje, y nos tendrán por malvados.

BUTTLER.—Cuando os veáis colmados de honores, y rodeados de riquezas y fausto, bien podréis mofaros del que dirán.

DEVEROUX.—Si al menos tuviéramos la certeza de que el paso no nos deshonra...

BUTTLER.—Estad tranquilos: vais a salvarle á Fernando el imperio y la corona. Con que la recompensa no será pequeña.

DEVEROUX.—¿Pero pretendía destronarle?

BUTTLER.—¡Vaya!... quería arrancarle la corona y la vida.

DEVEROUX.—De modo que hubiera perecido en un cadalso, si le llevamos vivo á Viena?

BUTTLER.—No había escape, compañero.

DEVEROUX.—Entonces vamos; morirá como un general; caerá con honra á mano de soldados. (*Vanse.*)

### ESCENA III

Una sala con una galería en el fondo hasta perderse de vista.—WALLENSTEIN sentado junto á una mesa.—EL CAPITÁN SUECO en pié delante de él.—Poco después, LA CONDESA TERZKY.

WALLENSTEIN.—Saludad en mi nombre á vuestro general, y creed que tomo gran parte en el éxito feliz de la batalla. Si no nuestro tanto júbilo como debiera tras esa importante victoria, no lo atribuyáis á mi voluntad, puesto que desde ahora es común nuestra suerte. Id con Dios;... mil gracias por vuestro celo... Mañana á vuestra llegada hallaréis abierta la fortaleza. (*Vase el capitán sueco. Wallenstein permanece absorto en sus pensamientos con la mano en la frente y fija la mirada. Sale la Condesa y le contempla un instante sin ser vista, hasta que al fin él lo advierte y se pone sobre sí.*)  
¿Sales de verla!... ¿Está ya más calmada?... ¿Cómo sigue?

LA CONDESA.—Mi hermana dice que parece más tranquila después de la entrevista. Ahora duerme.

WALLENSTEIN.—Su pena irá calmándose, hasta que llore.

LA CONDESA.—¿Y tú?... No estás como otras veces... Esperaba que esa victoria te alegraría más de lo que te ha alegrado. Procura mantener tu valor y tu firmeza, porque eres nuestra antorcha, nuestra salvación.

WALLENSTEIN.—Tranquízate; no tengo nada. ¿Dónde está tu marido?

LA CONDESA.—Cenando con Illo.

WALLENSTEIN (*se levanta y da algunos pasos*).—Ha cerrado ya la noche... Retírate á tu cuarto.

LA CONDESA.—No me lo digas... déjame seguir á tu lado...

WALLENSTEIN (*acercándose á la ventana*).—¡Qué movimiento en el cielo! El viento agita la bandera de la torre: pasan las nubes rápidamente velando la luna que reluce con luz incierta y vacilante... Ni una estrella se ve; sólo brilla á lo lejos tenue fulgor; es Calíope: cerca está Júpiter, pero la oscuridad del cielo tempestuoso lo oculta enteramente.

(*Cae en profundo ensimismamiento, y continúa con la mirada fija.*)

LA CONDESA (*notando su tristeza, y tomándole una mano*).—¿En qué piensas?

WALLENSTEIN.—Me parece que si viera ese astro, me sentiría mejor. Es la estrella que presidió á mi vida, y que más de una vez me ha comunicado una fuerza maravillosa.

LA CONDESA.—Ya le verás.

WALLENSTEIN (*cayendo de nuevo en profunda preocupación, se vuelve á la Condesa*).—¡Verle!... ¡Nunca más!

LA CONDESA.—¿Cómo?

WALLENSTEIN.—Ha muerto... yace en el polvo.

LA CONDESA.—¿Pero de quién estás hablando?

WALLENSTEIN.—Él es feliz; se ha cumplido ya su suerte; ya no tiene que confiar en el porvenir, no le engañará el destino; su vida está allí, pura, brillante,

sin mancha, sin que pueda sonar para él la hora de la adversidad... Alzado por encima del temor y de los deseos, no pertenece ya á los móviles y engañosos astros... ¡Ah! es feliz... mientras nosotros... ¡quién sabe lo que nos reserva el tiempo que avanza envuelto en oscuro velo!

LA CONDESA.—¿Hablas de Max?... ¿Cómo murió?... Cabalmente cuando yo entraba, salía el mensajero. (*Wallenstein le hace seña de que se calle.*) ¡Ah! ¡Por qué volver los ojos al pasado, hermano mío? Déjame más bien contemplar los futuros días de tranquilidad y de calma, y alégrate de esa victoria sin recordar para nada lo que te ha costado. En realidad, no perdiste á tu amigo hoy... murió para ti el día en que voluntariamente te abandonó.

WALLENSTEIN.—Estoy seguro de que soportaré tamaño dolor; ¡cual hay que el hombre no soporte, si la fuerza del tiempo le subyuga, y aprende á deshabituarse de lo más grande como de lo más vulgar!... Pero siento perfectamente cuánto he perdido con él!... Cayó la flor de mi vida, y se marchitó su color y se ha vestido de tristeza, porque él era para mí la imagen viva de mis propios juveniles años. Para mí trocaba en sueño la realidad, y tenía la naturaleza vulgar de las cosas con los dorados rayos de la aurora... la fuerza de su ternura, con harta sorpresa mía, ennoblecía las cotidianas y monótonas imágenes de la existencia. ¡Qué me importa ahora el término de mis esfuerzos, si lo bello ha desaparecido de mi lado, y será para siempre!... Un amigo... un amigo es superior á toda dicha: la crea comprendiéndola, la aumenta compartiéndola.

LA CONDESA.—No desesperes de tu propia fuerza. Tu alma es harto rica para bastarse á sí misma... Al fin lo que más estimabas en él, era la misma virtud que tú sembraste y cultivaste en su ánimo.

WALLENSTEIN (*dirigiéndose á la puerta*).—¿Quién vie-

ne á molestarnos á estas horas? ¡Ah! es el comandante con las llaves de la fortaleza... Retírate, hermana, es ya media noche.

LA CONDESA.—¡Me sabe tan mal dejarte hoy! Estoy inquieta... tengo miedo...

WALLENSTEIN.—Miedo, ¿de qué?

LA CONDESA.—Podrías partir esta misma noche y al despertar no encontrarte.

WALLENSTEIN.—¡Qué idea!

LA CONDESA.—Mucho há que me agitan sombríos presentimientos, y aunque de día logro sofocarlos, no tardan en oprimirme con siniestras pesadillas... Anoche, sin ir más lejos, te soñé ricamente vestido, sentado á la mesa con tu primera mujer.

WALLENSTEIN.—Pues ese sueño es feliz augurio, porque á mi primer matrimonio debo cabalmente mi fortuna.

LA CONDESA.—Y hoy he soñado que te buscaba en tu cuarto, y apenas entré, tu cuarto había desaparecido, y se levantaba en su lugar la cartuja de Githschin, que tú fundaste y donde quieres ser enterrado.

WALLENSTEIN.—¡Y eso te preocupa!

LA CONDESA.—¿No crees tú por ventura que los sueños son á veces proféticos?

WALLENSTEIN.—Muy cierto; pero yo no llamo proféticos sino á los que nos anuncian una suerte inevitable. Del modo que precede al sol sobre la línea del horizonte un cerco de nubes, así preceden á los grandes acontecimientos las apariciones, y al suceso de mañana, el presentimiento de hoy. Siempre me impresionó de singular manera el relato de la muerte de Enrique IV, quien, según dicen, sentía la presión de un puñal en el pecho antes de empuñarlo Ravailac, y perdido el sosiego, perseguíale la inquietud por las salas del Louvre, y lo empujaba fuera del palacio. Los preparativos de la coronación de la reina, le parecían

los de unos funerales, y con atónito oído presentia los pasos del asesino que le acechaba por las calles de París.

LA CONDESA.—¿Y nada te dice esa voz interior y profética?

WALLENSTEIN.—Nada; tranquilízate.

LA CONDESA (*absorta en sus tristes pensamientos*).—Otra vez soñé que corrías, corrías, y yo te iba siguiendo apresuradamente á lo largo de una gran galería y á través de vastas salas sin fin. Las puertas se abrían y cerraban con estrépito, y yo, siguiéndote siempre sin aliento y sin poder alcanzarte. De pronto, siento que me coge por detrás una mano fría; eras tú; me abrazas, y en aquel instante nos cubre de los piés á la cabeza un lienzo rojo.

WALLENSTEIN.—La tapicería roja de mi cuarto.

LA CONDESA (*contemplándole*).—¡Si éste fuera el término de tantos afanes!... ¡si tú, que te hallas ahora en toda la fuerza de la vida...

(*Se echa en sus brazos llorando.*)

WALLENSTEIN.—Te tortura la sentencia del Emperador, pero un simple papel no hiere. No han de hallar un asesino.

LA CONDESA.—¿Y si lo encontrasen?... ¡Ah! entonces, ya he tomado mi resolución: conmigo traigo con qué consolarme. (*Vase.*)

#### ESCENA IV

WALLENSTEIN, GORDON, luégo UN PAJE

WALLENSTEIN.—¿Está tranquila la ciudad?

GORDON.—La ciudad está tranquila.

WALLENSTEIN.—Oigo música... en el castillo hay luces... ¿Quiénes son esos que están tan alegres?

GORDON.—Dan en el castillo un banquete al conde Terzky y al mariscal.

WALLENSTEIN (*aparte*).—Será en celebración de la victoria. Esa gente sólo se divierte comiendo. (*Llama. Sale un paje.*) Desnudadme; me voy á descansar. (*Toma las llaves de manos de Gordon.*) Henos ya seguros contra los enemigos, y encerrados entre amigos fieles; porque ó yo me engaño mucho, ó una cara como esa (*mirando á Gordon*) no es la de un hipócrita. (*El paje le quita el manto, la gola y la faja.*) A ver... ¿qué se ha caído?...

EL PAJE.—La cadena de oro se ha roto.

WALLENSTEIN.—Bastante ha durado. Dadme. (*La mira.*) Es el primer dón del Emperador. Colgómela al cuello, siendo él archiduque, estando en la campaña de Frioul, y desde entonces la llevo por hábito... Será tal vez una superstición mía, pero esta cadena ha debido de ser para mí como un talismán mientras he podido llevarla con entera confianza; de este ornamento colgó mi fugitiva dicha, primera prenda del afecto imperial. Pero sea; fuerza es que empiece otra ventura, ya que el talismán perdió su virtud. (*Vase el paje con las ropas. Wallenstein se levanta; pásase por la sala, y por fin se detiene pensativo en frente de Gordon.*) ¡Cómo me asalta y se acerca el recuerdo de mis primeros días! Véome de nuevo en la corte de Burgau donde nos hallábamos juntos. ¿Te acuerdas cuánto disputábamos á veces? Tú eras muy juicioso, y tenías por costumbre echártelas de moralista y me reprochabas mis inmoderadas aspiraciones, mis sueños temerarios, elogiando en cambio la áurea medianía. ¡Ya ves cómo se engañó tu prudencia! bien pronto puso límites á tu suerte, y sin el magnético influjo de mi estrella, se extinguiera silenciosa tu vida en este oscuro rincón.

GORDON.—Príncipe, el pobre pescador amarra tran-

quilamente su frágil barquilla en el puerto, mientras mira naufragar el poderoso navío.

WALLENSTEIN.—¿Realmente te hallas ya en el puerto? Extraño ardor, que nada ha podido mitigar, me lanza violento sobre el oleaje de la vida; la esperanza es aún mi diosa, y me siento joven; cuando á ti me comparo, observo con orgullo que los años pasaron por mi cabeza sin encanecerla, y sin hacerme sentir su poder. (*Se pasea á grandes pasos, y se detiene otra vez frente á Gordon, desde el otro extremo del teatro.*) ¡Por qué tratar de engañosa á la fortuna, si para mí fué tan fiel y amorosa y me alzó por encima de la multitud, y me subió en sus ágiles y poderosos brazos por la escala de la vida? Nada vulgar en mi camino, ni en las líneas de mi mano. ¿Quién puede juzgar mi existencia según las reglas de la prudencia? Verdad que parezco actualmente hartamente abatido, pero yo me rehabilitaré, y el abundante reflujo sucederá á la baja marea.

GORDON.—Con todo, recuerdo el antiguo axioma: «No te envanezcas de tu suerte hasta que haya pasado el día.» No es ciertamente prenda de esperanza la duración de la dicha, sino todo lo contrario, que la esperanza se hizo para los desgraciados; tema el dichoso: la balanza oscila constantemente.

WALLENSTEIN (*sonriendo*).—Páreceme oír al Gordon de antaño. Harto sé que el mundo está sujeto á continua mudanza, y que los dioses del mal recaban sus derechos; ni los mismos paganos lo ignoraron cuando se imponían voluntariamente alguna desgracia y apaciguaban á sus celosas divinidades inmolando víctimas humanas en el altar de Tifón. (*Con gravedad y más bajo.*) También yo ofrecí mi sacrificio: mi mejor amigo sucumbió, y por mi culpa. Desde ahora, ningún favor de la fortuna puede causarme tanto júbilo como pesar me causó aquella muerte, con que los celos del destino deben estar satisfechos: me arrebató una vida

á cambio de otra y el rayo que debía aniquilarme cayó sobre aquella cabeza pura y querida.

## ESCENA V

Dichos.— SENI

WALLENSTEIN.—¿Es Seni el que llega?... Qué agitado va! ¿Qué te trae aquí tan tarde, Bautista?

SENI.—La inquietud que me causáis, señor.

WALLENSTEIN.—Habla ¿qué hay?

SENI.—Huid antes que amanezca; huid, no os fiéis de los suecos.

WALLENSTEIN.—¡Vaya una ocurrencia!

SENI (*alzando la voz*).—No os fiéis de los suecos...

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué pasa, dí?

SENI.—No aguardéis su llegada. Os amenaza próxima desdicha, os cercan falsos amigos, según leo en algunos signos fatales, y os ciñen las redes de la muerte.

WALLENSTEIN.—Sueñas, Bautista; el miedo te perturba.

SENI.—¡Ah! no lo creáis... venid y leeréis vos mismo en los planetas... Os amenazan pérfidos amigos!

WALLENSTEIN.—De pérfidos amigos procede mi desgracia. Antes debieran anunciármelo las estrellas; ahora, para nada las necesito.

SENI.—Venid, y creeréis á vuestros propios ojos. En el cielo de vuestra vida apareció un signo fatal; un enemigo que se halla junto á vos, un malvado se desliza bajo los rayos de vuestra estrella. Atended mis consejos, no os entreguéis á esos paganos que hacen la guerra á nuestra santa Iglesia.

WALLENSTEIN (*sonriendo*).—¡Ah!... de aquí procede el oráculo... Ya caigo... ya caigo... A ti no te pareció

nunca bien la tal alianza... Vè á descansar, Bautista; que tus signos no me amedrentan.

GORDON (*que durante lo anterior se ha conmovido, se vuelve á Wallenstein*).—Príncipe, no sé si me atreva... A veces un hombre sin importancia ha dado un aviso útil.

WALLENSTEIN.—Habla libremente.

GORDON.—Si cuanto dice, príncipe, no fuera vana preocupación, y la providencia se sirviera por milagro de semejante órgano para salvaros?

WALLENSTEIN.—Uno y otro deliráis... ¿Cómo podría venirme la desgracia por los suecos, cuando fueron ellos los que buscaron mi alianza, y en ella están interesados?

GORDON.—¿Y si cabalmente su llegada fuese la causa de vuestra pérdida en el punto en que más tranquilo estáis? (*Se echa de rodillas á sus piés.*) Es tiempo todavía, príncipe.

SENI (*hincando también la rodilla*).—Atended á sus ruegos.

WALLENSTEIN.—Tiempo... ¿de qué?... Alzad... os lo mando, alzad.

GORDON (*levantándose*).—El rhingrave tardará todavía en venir; ordenad que no le permitan la entrada á la fortaleza. Si quiere sitiarnos, que lo pruebe... os juro que él y todo su ejército sucumbirán al pié de estos muros antes que fatiguen nuestra constancia y valor. Entonces verá de qué son capaces nuestras heroicas tropas gobernadas por un héroe dispuesto á reparar una falta: esta acción conmoverá al Emperador, y os reconciliará con él, porque su corazón se inclina á la clemencia, y Friedland, arrepentido, será más ensalzado que antes de haber perdido el favor de la corte.

WALLENSTEIN (*contemplándole con sorpresa; pausa; luego, vivamente conmovido*).—¡Hasta dónde te lleva tu

celo, Gordon!... Sólo un amigo de infancia puede permitirse semejante lenguaje... Ha corrido ya la sangre, Gordon, y el Emperador ya no puede perdonarme; es más; si él lo quisiera, no podría aceptarlo yo. De haber previsto lo que debía ocurrir, y que iba á perder á un amigo tan caro, pensando como pienso ahora, tal vez hubiera reflexionado... tal vez no. Pero ahora, ¿qué puedo hacer? Los comienzos de mi empresa son demasiado graves para no conducir á nada; siga, pues, su curso. (*Se dirige á la ventana*)... Ha cerrado ya la noche... ya no se oye el menor ruido en el castillo... Vamos, alumbrad. (*El paje, que habrá salido sin decir palabra, y ha seguido con visible interés el anterior diálogo, se adelanta vivamente conmovido, y se echa á los piés del príncipe.*) ¡También tú!... ya sé por qué deseas tú que me reconcilie con el Emperador... Ese pobrecillo posee unos palmos de tierra en Carintia y teme que vayan á confiscárselos porque está á mi servicio... ¿Tan pobre estoy que no puedo indemnizar á mis criados?... Sea; yo no quiero forzar á nadie... Si crees que me abandonó la fortuna, véte á donde te plazca. Hoy me desnudarás por última vez, y luego puedes si quieres irte con el Emperador. Buenas noches, Gordon; me parece que voy á dormir largas horas, después de tan violentas agitaciones. Cuidado con despertarme muy temprano.

(*Vase. El paje le alumbra, seguido de Seni. Gordon se queda en la sala á oscuras y no pierde de vista al duque hasta que ha pasado la puerta. Luego da muestras de su dolor con su abatimiento, y se apoya con tristeza en una columna.*)

## ESCENA VI

GORDON. — BUTTLER desde el foro

BUTTLER. — Aguardad aquí hasta que os dé la señal.

GORDON. — ¡ Es él !... acompañado de los asesinos.

BUTTLER. — Se han apagado las luces, y todo duerme profundamente.

GORDON. — ¿ Qué hacer ? ¿ Intentaré salvarle ? ¿ Pondré en alarma la casa y la guardia ?

BUTTLER (*sale*). — ¡ Luz todavía en el corredor que va al cuarto del príncipe !

GORDON. — Pero con eso violaré mi juramento... ¡ Y si escapa, y aumenta la fuerza del enemigo ? Entonces yo respondería con la vida de las terribles consecuencias.

BUTTLER (*acercándose*). — ¡ Qué silencio !... Oigamos. ¿ Quién habla aquí ?

GORDON. — ¡ Ay de mí !... más vale fiar al cielo el desenlace... ¿ Qué soy para intervenir en tan grandes sucesos ? Si sucumbe, no seré yo quien le haya muerto; si se salva, la culpa será mía, y recaerán sobre mí sus consecuencias.

BUTTLER (*adelantándose*). — Yo conozco esta voz.

GORDON. — ¡ Buttler !

BUTTLER. — ¡ Gordon ! ¿ Qué buscáis aquí ? ¿ Tan tarde os ha despedido el duque ?

GORDON. — ¡ Traéis la mano vendada !

BUTTLER. — ¡ Una herida ! Ese lllo se defendió como un desesperado, hasta que le derribamos al suelo.

GORDON. — ¿ Los mataron ya ?

BUTTLER. — Sí ;... ¿ está ya acostado ?

GORDON. — ¡ Ay de mí, Buttler !

BUTTLER. — Responded ; ¿ se acostó ?... lo ocurrido no puede permanecer oculto largo tiempo.

GORDON. — ¡ Ah ! no le matéis, no le matéis vos ; Dios no lo quiere... vedlo ;... fuísteis herido en el brazo.

BUTTLER. — Mi brazo no será necesario.

GORDON. — Han muerto ya los culpables ; y esto basta para satisfacer a la justicia. Termine todo con esas víctimas. (*Sale el paje, puesto un dedo en los labios imponiendo silencio*)... Duerme... ¡ Oh !... no le matéis en el sagrado momento del sueño.



BUTTLER. — No ; despertará para morir.

(*Hace que se va.*)

GORDON. — ¡ Ah ! Preocupado todavía con las cosas terrestres, no estará dispuesto a parecer delante de Dios.

BUTTLER. — Grande es su misericordia.

(*Hace que se va.*)

GORDON (*deteniéndole*). — Acordadle esta noche tan solo.

BUTTLER. — Cada instante que pasa puede hacernos traición.

GORDON. — Sólo una hora... una hora !...

BUTTLER. — Dejadme... ¡ De qué le serviría tan breve plazo !

GORDON. — ¡ Ah !... el tiempo es maravillosa divini-

dad. En una hora se deslizan millares de granos de arena, y pasan por la mente millares de pensamientos. En una hora, nuestro corazón, el suyo, pueden mudar, puede llegar una noticia, ocurrir bienhadados sucesos, decisivos y saludables. ¡Oh qué de cosas pueden pasar en una hora!

BUTTLER.—Con esto me estáis recordando que los minutos son preciosos. *(Da con el pie en el suelo.)*

### ESCENA VII

Dichos.—MACDONALD y DEVEROUX, armados de alabardas; luégo el PAJE

GORDON *(interponiéndose entre Buttlér y los hombres armados)*.—¡Bárbaro! Antes pasarás por encima de mi cadáver... No he de consentir tan horrible crimen...

BUTTLER *(rechazándole)*.—¡Viejo insensato!  
*(Suenan trompetas á lo lejos.)*

MACDONALD y DEVEROUX.—¡Las trompetas suecas! Ya llegan... Despachemos.

GORDON.—¡Dios mío!... ¡Dios mío!

BUTTLER.—Á vuestro puesto, comandante.  
*(Vase precipitadamente Gordon.)*

EL PAJE *(acudiendo)*.—¡Quién se atreve á hacer ruido aquí!... ¡Silencio!... El duque duerme...

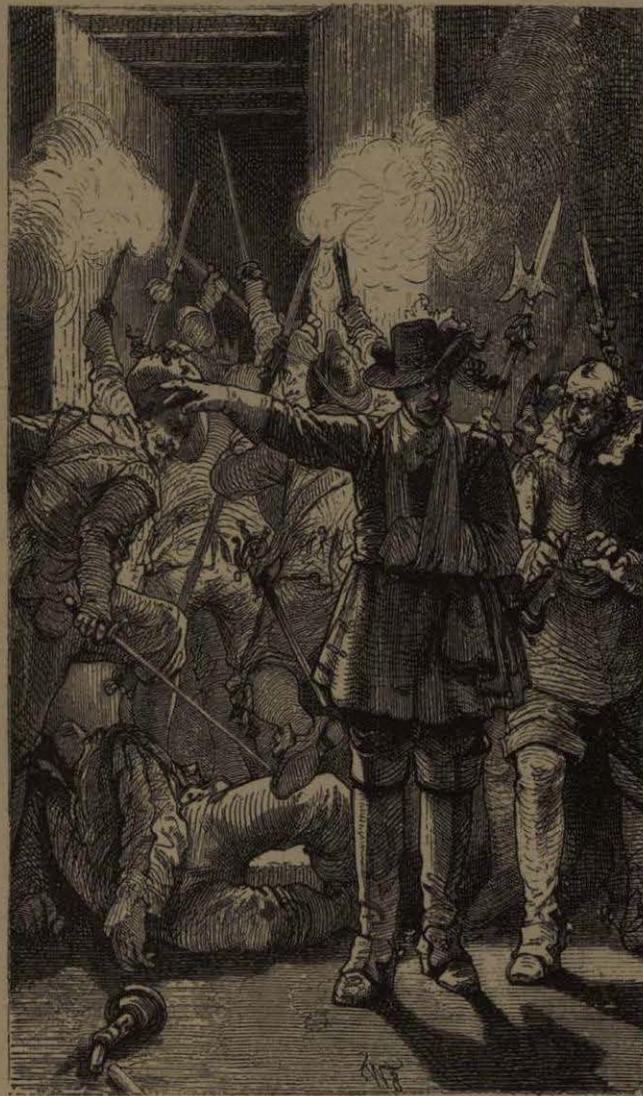
DEVEROUX *(alzando la voz; terrible)*.—Compañero, llegó la hora de meter ruido.

EL PAJE.—¡Socorro! ¡socorro!... ¡Asesinos!

BUTTLER.—Matadle.

EL PAJE *(cae junto á la puerta de la galería muerto de una puñalada por Deveroux)*.—¡Jesús María!

BUTTLER.—¡Derribad las puertas!  
*(Pasan por encima del cadáver... Suena á lo lejos el ruido de unas puertas derribadas... luégo, otras... Voces confusas... Ruido de armas... Luégo profundo silencio.)*



BUTTLER.—¡Derribad las puertas!

## ESCENA VIII

LA CONDESA TERZKY con una luz en la mano

Su cuarto está vacío... no la hallan en ninguna parte... ni á ella, ni á la Neubrunn... ¿Se habrá fugado? ¿Dónde puede haber ido?... ¡Hay que salir en su busca, y dar la voz de alarma!... ¿Cómo recibirá el duque la fatal noticia?... Si al menos hubiese vuelto mi marido del banquete... El duque está dispuesto... me parece que oí rumor de pasos y de voces... Veamos; escucharé junto á esa puerta... Nada se percibe... ¿quién llega? Suben corriendo la escalera.

## ESCENA IX

LA CONDESA, GORDON; luego BUTTLER

GORDON (*acudiendo sin aliento*).—Es un error... no eran los suecos... Deteneos, Buttler, ¿dónde está? (*Fi-  
jándose en la Condesa.*) Decidme...

LA CONDESA.—¿Venís del castillo? ¿Dónde está mi esposo?

GORDON (*con espanto*).—¿Vuestro esposo?... No me lo preguntéis... Volveos á vuestras habitaciones.

(*Hace que se va.*)

LA CONDESA (*deteniéndole*).—No, sin haberme explicado antes...

GORDON (*soltándola con violencia*).—De este instante depende la suerte del mundo. Salid, por Dios... Mientras estamos hablando aquí... ¡Oh Dios mío! (*gritando*): ¡Buttler! ¡Buttler!

LA CONDESA.—Está en el castillo con Terzky.

(*Buttler sale por la galería.*)

GORDON.—Fué un error; no son los suecos sino los imperiales que entran en la ciudad... El teniente general me anuncia que estará aquí en breve... Suspendedlo todo...

BUTTLER.—Es tarde ya.

GORDON (*apoyándose en la pared para no caerse*).—  
¡Dios de misericordia!

LA CONDESA (*con gran ansiedad*).—¡Cómo, que es tarde! ¿Quién llega, decís? ¡Octavio aquí!... Traición, traición, ¿dónde está el duque?

(*Vase corriendo por la galería.*)

#### ESCENA X

Dichos.—SENI, EL BURGOMAESTRE, UN PAJE,  
UNA CAMARERA, VARIOS CRIADOS corriendo aterrados por  
la escena

SENI (*saliendo por la galería con grandes muestras de terror*).—¡Sangrienta y espantosa acción!

LA CONDESA.—¿Qué pasa, Seni?

UN PAJE (*llegando*).—¡Oh deplorable espectáculo!  
(*Salen algunos criados con antorchas.*)

LA CONDESA.—Pero ¿qué hay, por Dios vivo?

SENI.—¿Y aún lo preguntáis, señora? El príncipe fué degollado, y muerto vuestro esposo en el castillo!

(*La Condesa queda anonadada.*)

LA CAMARERA (*acudiendo*).—¡Socorro!... ¡socorro!... la duquesa...

EL BURGOMAESTRE.—¿Qué significan estos gritos de dolor que turban el sueño de mi casa?

GORDON.—Vuestra casa fué maldecida para siempre. En vuestra casa yace asesinado el príncipe.

EL BURGOMAESTRE.—¡Dios nos libre de ello! (*Vase.*)

EL I.<sup>o</sup> AYUDA DE CÁMARA.—¡Huid!... huid... van á degollarnos á todos.

EL SEGUNDO (*trayendo consigo algunas joyas*).—¡Por aquí!... ¡por aquí!... Las otras puertas están guardadas.

VOZ DENTRO.—Paso al señor teniente general.  
(*Al oír estas palabras, sale la condesa de su anonadamiento y se va corriendo.*)

VOZ DENTRO.—¡Cerrad las puertas!... Prohibid la entrada al pueblo.

#### ESCENA XI

Dichos, menos la Condesa.—OCTAVIO PICCOLOMINI, con su séquito; DEVEROUX y MACDONALD, con algunos alabarderos. Traen á la escena el cadáver de Wallenstein envuelto en un paño rojo.

OCTAVIO (*sale precipitadamente*).—No puede ser; no puede ser; Buttler, Gordon; no puedo creerlo; decidme que no ha sido.

(*Gordon, sin contestar, señala el cadáver del duque. Fíjase en él Octavio, y se detiene aterrizado.*)

DEVEROUX (*á Buttler*).—Aquí está la espada y el toisón de oro del príncipe.

MACDONALD.—Supongo que ordenaréis á la Cancillería...

BUTTLER (*señalando á Octavio*).—Desde este momento el general es el único que puede dar órdenes aquí.

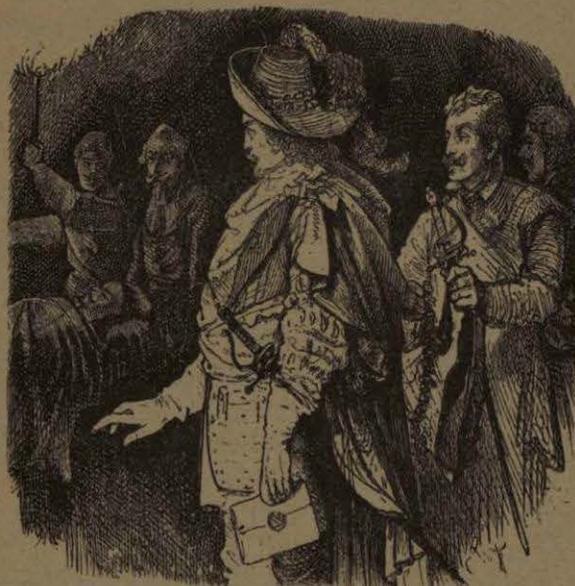
(*Deveroux y Macdonald se retiran respetuosamente. Vanse todos en silencio, y quedan solos Buttler, Octavio y Gordon.*)

OCTAVIO (*á Buttler*).—¿Tal era vuestro designio, Buttler, cuando nos separamos? ¡Dios de justicia! A ti alzo las manos suplicantes. Yo no soy culpable de tan monstruosa acción.

BUTTLER.—Vuestras manos se han conservado limpias de toda mancha, y empleásteis las mías.

OCTAVIO.—¡Miserable!... Abusar así de las órdenes de tu soberano, y cometer en su sagrado nombre tan horrible crimen!

BUTTLER (*tranquilamente*).—Yo no hice más que ejecutar la sentencia imperial.



OCTAVIO.—¡Qué maldición vive sujeta al poder de los reyes! Tal fuerza tienen sus palabras, que su fugaz pensamiento trae consigo al instante hechos irreparables... ¿Qué necesidad tenías de obrar con tal prontitud? ¿Por qué arrebató a la clemencia el tiempo del indulto? ¡El tiempo! ángel del hombre. Sólo un Dios infalible puede descargar de un golpe el juicio y la ejecución.

BUTTLER.—¿Por qué semejantes reproches? ¿Cuál

es mi crimen? Buena y laudable fué mi acción, puesto que libré al imperio de temible enemigo, y por ello merezco recompensa. Sólo una diferencia hay entre vuestra conducta y la mía: vos aguzasteis el dardo, yo lo asesté en su pecho; vos pedíais sangre, y ahora os asombráis de verla correr; yo supe siempre lo que hacía, y el resultado no me causa ni sorpresa ni pavor... Ved qué debéis mandarme... Parto inmediatamente para Viena á deponer mi ensangrentado acero ante el trono del Emperador, y á reclamar la aprobación que debe acordar un juez justiciero á la pronta y estricta obediencia.

## ESCENA XII

Dichos, menos BUTTLER.—Sale LA CONDESA TERZKY demudada y pálida; su acento es débil, frío y lento

OCTAVIO (*adelantándose á su encuentro*).—¡Oh condesa! ¡En esto había de parar todo! Estas son las consecuencias de sus desgraciadas tentativas.

LA CONDESA.—Este es el fruto de vuestra conducta. El duque ha muerto, mi marido ha muerto, la duquesa lucha con su agonía, y mi sobrina se ha fugado. Esta casa ayer poderosa y gloriosa está desierta; los criados huyen de ella despavoridos. Último vástago de la familia, vengo á cerrar sus puertas, y depongo en vuestras manos las llaves.

OCTAVIO (*con profundo dolor*).—¡Ah, condesa! También mi casa está desierta!

LA CONDESA.—¿A quién le toca ahora perecer? ¿quién debe ser tratado aún con injusto rigor? El príncipe ha muerto; satisfecha queda la venganza del Em-

perador. Respetad al menos á sus antiguos servidores, y no castiguéis como un crimen su amor y su lealtad. El hado sorprendió á mi hermano antes de tiempo y no pudo pensar en ellos.

OCTAVIO.—Ah no, condesa; basta de venganza, basta de rigores. Siguió ya el tremendo castigo á una gran falta; y desarmada la cólera del Emperador, la hija heredará tan sólo de su padre la gloria y el recuerdo de sus servicios. Cuanto á vos, la Emperatriz honra vuestra desgracia y os abre los maternales brazos; con que no abriguéis temor alguno, y confiad en la clemencia imperial.

LA CONDESA (*alzando los ojos al cielo*).—A la de más poderoso señor fío mi suerte... ¿Dónde serán depuestos los despojos del príncipe?... En su prosperidad fundó una cartuja en Githschin, donde descansa la condesa Wallenstein; junto á ella quería ser enterrado el príncipe movido de la gratitud... Acordadle esa sepultura, y conceded el mismo favor al cadáver de mi esposo. Puesto que el Emperador es ya dueño de nuestros castillos, concédanos al menos una tumba junto á nuestros antepasados.

OCTAVIO.—¡Tembláis!... Condesa... Estáis pálida!... ¡Dios mío!... ¿Qué sentido tienen vuestras palabras?

LA CONDESA (*haciendo un último esfuerzo, y hablando con vivacidad y nobleza*).—Me hacéis la justicia de creer que no soy capaz de sobrevivir á la ruina de mi casa... Grandes nos sentíamos para aspirar á una corona real, y si el hado no protegió nuestra ambición soberana, grande es nuestro ánimo todavía para preferir la muerte voluntaria á la deshonra... El veneno...

OCTAVIO.—¡Salvadla!... ¡Socorredla!

LA CONDESA.—Es tarde ya. Dentro de breves instantes mi suerte se habrá cumplido. *(Vase.)*

GORDON.—¡Oh mansión de muerte y horror! (*Sale un correo con una carta. Gordon se adelanta á cogerla.*)

¿Qué hay?... El sello del Emperador! (*Lee el sobre y la entrega á Octavio con severa mirada.*) Al príncipe Piccolomini.

(*Octavio hace un gesto de espanto y alza los ojos al cielo con dolor.—Telón.*)

